



Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre Ponce fue a convalecer a Tlaxcalla, y de lo que dél y de su sucesor se decía en aquella provincia”

p. 393-394

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de novimebre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

mente contra él, y luego traía en consecuencia aquella carta que había escrito desde Ocoa a Yucatán. El tener fray Pedro de Zárate licencia para volver a España, era verdad que la tenía del padre ministro general, pero decíase que no quería el padre comisario que la cumpliera, temiéndose que había de decir acá lo que había pasado en las elecciones del capítulo cerca de los excomulgados, y cómo se había tenido sin aguardar al padre Ponce, y que la visita se había hecho por la posta, no más de por cumplimiento, sin querer admitir visita ni aviso ninguno de las cosas pasadas tocantes al rebelión, de que no poco estaban sentidos los frailes celosos de la observancia de la religión. Lo otro que escribió fray Pedro de Zárate desde Ocoa, decíase en todo lo de México con mucha publicidad, no sólo entre la gente común más aun entre la principal, y aun muchos lo creían y afirmaban, diciendo que el padre fray Bernardino de San Cebrían no iba a más de allanar los negocios de aquella provincia, y que luego se había de volver a España y traer consigo los culpados, dejando al padre Ponce en su oficio de comisario. Esto vino a noticia del mismo padre San Cebrían, porque también se platicaba entre frailes, y indignado de ello dijo públicamente que él iba por comisario general de Nueva España, y que no cabía en razón que siendo su hermano comisario general de todas las Indias, fuese él por sólo visitador y juez de aquella provincia sobre los negocios pasados.

[CAPÍTULO CLXVII]

*De cómo el padre Ponce fue a convalecer a Tlaxcalla, y de lo que
dél y de su sucesor se decía en aquella provincia*

Viernes veinticuatro de marzo, de día claro, salió el padre fray Alonso Ponce del convento sobredicho de Santa Bárbara, y andadas cinco leguas con harta fatiga y trabajo, porque aún estaba todavía muy flaco, llegó a comer a la cibdad y convento de Tlaxcalla, donde así de los frailes como de los indios fue muy bien recibido, con mucha fiesta y música, y los unos y los otros mostraron el grande amor y devoción que le tenían. Estaba entre los fraile un hijo y natural de aquella provincia, el cual, cuando vio al padre Ponce entrar en el patio de la iglesia, vuelto a otros frailes, comenzó a llorar y a decir con mucho sentimiento que maldito fuese

el que le había perseguido y no querido obedecer. Y si no era esto solo el que esto sentía y decía, pero aun los mismos que le habían perseguido confesaban que habían errado y andado engañados, y que pluguiera a Dios que hobieran antes entendido lo que ya entendían de la bondad y santidad del padre Ponce, y no hobieran comenzado a desobedecerle; y que ojalá los mandara y gobernara él y no el que había ido en su lugar, de quien, casi todos en general, estaban quejosísimos y publicaban mil males, diciendo que los trataba con mucho rigor y aspereza, y que los afrentaba de palabra; y que en el capítulo había hecho las partes del que salió por provincial, tan al descubierto, con unos y con otros, que por esto llamaban a aquel capítulo públicamente el capítulo de la caridad, y que habían de dar noticia dello al papa. Finalmente, casi todos a una mano estaban mal con él, especial los que allí han tomado el hábito, a los cuales jamás contentará comisario ninguno que les fuere de España, si no es que en todo acuda a darles gusto, y que no tenga más que nombre de comisario, porque, para decir verdad y hablar claramente, no estaban ni están mal estos frailes con los comisarios que les envían, sino con el oficio que llevan, y este es el que abominan y resisten, y querrían echar de sobre sus hombros; o que, cuando hobiesen de tener comisario, se eligiese de entre ellos mismos quien disimulase sus cosas y los dejase vivir a las anchas.

Pero dejado esto aparte, volvamos al padre Ponce, que ya era llegado a Tlaxcalla. Allí, pues, se detuvo hasta la domínica quinta, después de pascua, siendo regalado de los frailes, los cuales, con mucho amor y voluntad, acudían a servirle y hacerle caridad, viendo cuán flaco y necesitado estaba y lo mucho que merecía. Él se esforzó el jueves santo, y predicó a la misa mayor a los españoles con mucha alegría y contento de todos; lo mismo hizo el segundo día de pascua a una misa nueva, con que todos quedaron muy edificadas, y él, desde aquel día, cobró tan aprisa las fuerzas perdidas, que en muy poco tiempo se halló tan sano y recio como antes que cayese en aquella enfermedad. Allí, a Tlaxcalla, le fueron a ver muchos frailes, así de los obedientes como de los que no lo habían sido, y todos se volvían a sus casas muy consolados; otros le escribían dándole el parabién de su llegada, y ofreciéndose que le acompañarían y servirían hasta España, y no concediéndoseles esto por el padre comisario general, se le ofrecían que harían cuanto les dejase mandado, y espontánea y voluntariamente se ofrecieron algunos a decirle muchas misas por su salud y buen viaje.